

V. Blasco Ibáñez, El nuevo Parlamento finlandés: diputados femeninos
(*El Liberal*, 4-6-1907; *P.B.T.*, 13-7-1907; *La Voz de Menorca*, 29-7-1907)

Una revolución pacífica, pero de trascendencia para la política universal, acaba de realizarse en el antiguo gran ducado de Finlandia.

A consecuencia de las agitaciones que desde hace dos años conmueven el imperio ruso, el zar ha reconocido la autonomía de Finlandia, y en su capital, la sombría Helsingfors, de cielo plomizo y cruel temperatura, martirizada por los vientos polares, que congelan sus golfos y mantienen la triste vegetación en perpetuo invierno, acaba de reunirse el primer Parlamento elegido por sufragio universal.

Cuando Finlandia dependía directamente del zar, los electores finlandeses eran 140 000; ahora, al formarse la Dieta autónoma, han tomado parte en la votación 1300000 ciudadanos, y el resultado de las elecciones en este pueblo, trabajado largamente por las doctrinas de carácter más avanzado, ha sido, como dice un famoso periodista francés, lo más «vigésimo siglo» que se conoce.

De los 200 diputados elegidos, el grupo político más numeroso, compuesto de 70 representantes, corresponde al partido socialista demócrata.

De estos 78 diputados populares, ¡19 son mujeres!...

Esta innovación política, digna de llamar la atención del mundo entero, pues significa el advenimiento a las funciones legislativas de una parte de la humanidad, confinada hasta ahora en el estrecho cerco de otros deberes e iniciativas, no es completamente original. Hace tiempo que en Nueva Zelanda votan las mujeres, y en muchos municipios de Noruega existen concejales del sexo femenino. Pero Finlandia ha ido mucho más allá que estos países en el progreso político, dando a la mujer el poder para legislar, y eligiéndola en número tan considerable para un primer ensayo.

Estos diputados femeninos no son jóvenes, según las noticias que llegan de Helsingfors. ¡Todas ellas se aproximan a los cuarenta años, y tienen la experiencia que da una vida de sufrimientos y de continuo trabajo por la conquista del pan! Algunas son «intelectuales»; pero las más proceden de abajo, y el voto popular las ha arrancado del subsuelo social. Al verse los humildes, los miserables, en posesión del derecho de elegir, han fijado su predilección en los que estaban más cerca, en los compañeros de desgracia, y han hecho bien.

Uno de estos diputados femeninos es una antigua cocinera emancipada del fogón por las lecturas, y que actualmente redacta un periódico socialista. Otra «diputada» es una comadrona que, según afirman sus detractores, se vio complicada en un proceso

por aborto. Otra, que goza de gran popularidad como agitadora, por las persecuciones de que fue objeto cuando Finlandia reclamaba su autonomía, es madre de numerosos hijos... de padre desconocido.

Finlandia está en plena revolución: días de nueva vida van a lucir para ella, y las revoluciones no hacen bajar a la calle a las gentes felices que, encasilladas en su bienestar, pueden mantener incólume la pureza de su vida. Nada tiene de extraño que al ser llamadas por primera vez las mujeres a la vida pública, se presenten una antigua doméstica agriada por las vilezas de la servidumbre y respirando odio contra los privilegiados; una vieja mercenaria del más grosero de los amores, y varias «intelectuales» de moralidad problemática, que, en posesión de un título como único medio de vida, tienen que luchar con las preocupaciones sociales y el egoísmo varonil, que apenas dejan sitio en el mundo a la hembra independiente, ansiosa de mantenerse por sí misma. Lo extraordinario, lo nunca visto, sería una revolución iniciada por mujeres de las que viven en pleno bienestar o en el lujo, lindos juguetes que se mueven en el mejor de los mundos, y en sus horas de sensibilidad derraman una lágrima ante el pobre, le dan unas monedas y creen que con esto la tristeza humana queda consolada para siempre, volviendo tranquilas y felices al paladeo de su orgullo, satisfecho por un traje nuevo o una alhaja vistosa.

Ese grupo de diputados femeninos llega al Parlamento finlandés con un programa brevísimo que se propone defender enérgicamente, no cejando hasta verlo implantado: la abolición de la prostitución.

No es nuevo el propósito: antes que estas legisladoras, han predicado muchos hombres lo mismo; pero ahora la noble demanda es más sincera, más vehemente. Son las víctimas las que piden justicia, no los ejecutores.

Cuando los hombres, filósofos, políticos o artistas, alzan su voz pidiendo la extinción de esa esclavitud vergonzosa a que vive sometida en los tiempos modernos la carne femenil, hay en ellos algo de falso y de forzado que hace sonreír o molesta con la indignación que inspira la hipocresía. Los mejores, los más puros hablan, no por generosidad, sino por remordimiento, como Tolstoi en *Resurrección*, entristecido el ánimo por los males causados en el atolondramiento de la juventud. Los otros claman contra la prostitución, porque esta es una vergüenza de los tiempos modernos, y combatirla es certificado de respetabilidad y virtud para los que tal hacen. ¡Pero cuántas veces el elocuente moralista, si es que por los años no tiene completamente muertos los sentidos, va los días felices de dulce excitación, después de un banquete o de una fiesta, a buscar hipócritamente las caricias del monstruo que le ha inspirado sus más líricos apóstrofes!...

Solo el advenimiento de las mujeres a la vida pública, su intervención en las leyes y en la vigilancia para que se cumplan, acabará con la prostitución. Y no todas las mujeres. Las tentativas de las que viven felices, todas esas asociaciones contra la «trata de blancas», respetables por sus buenos propósitos, hacen sonreír, lo mismo que las propagandas masculinas. ¿Qué interés vehemente e «inmediato» puede tener la mujer rica en acabar con la esclavitud de su sexo, cuando no ha de verse jamás amenazada por la tentación envilecedora de la necesidad del pan? ¿Cómo creer en la sinceridad de la gran señora que, al enterarse de la «calaverada» del marido o el hijo en el propio hogar remedia lo irremediable, dando una cantidad a la ex doncella y poniéndola a la calle, si es que no se somete a perder la libertad, junto con la honra, dejándose encerrar en un convento? ¿Cómo pueden combatir esa vergüenza social muchas que la fomentan, sin la excusa de la miseria, pretendiendo justificar su concupiscencia con una falsa sensiblería amorosa?...

No son los hombres los que acabarán con la prostitución; su egoísmo se opone a ello. No son tampoco las mujeres felices. Por buenas que se crean, su ternura solo se conmueve breves instantes, volviendo a los placeres del bienestar, y olvidando este mal que está muy lejos de ellas y no puede alcanzarlas.

Solo los pobres, los que por su nacimiento humilde o su carencia de fortuna se consideran víctimas presuntas de tal esclavitud, la odian y ansían su desaparición. El día que las hembras que han sentido de cerca, en ellas o en sus allegadas, esta servidumbre, entren en la vida pública, como las mujeres de Finlandia, recibirá un golpe de muerte el bestial Minotauro que hace siglos está plantado soberbiamente en medio de la sociedad, sobreviviendo y desafiando a los progresos morales, recibiendo todos los años un tributo de centenares de miles de víctimas, ofrenda lúgubre de carne juvenil que devuelve putrefacta a hospitales y cementerios. Ríen algunos escritores de la cocinera que acaba de tomar asiento en la Dieta de Finlandia, de la comadrona de problemática historia, de la antigua *cocotte*, y de los demás diputados femeninos que van a pedir la abolición de la prostitución, sin duda porque al sufrirla la conocen mejor que todos nosotros los que nos hemos aprovechado de sus facilidades.

Tampoco es nueva esta risa. Lo menos tiene dos mil años de antigüedad. Si en tiempos de Augusto hubiesen existido periódicos y circulado las noticias con rapidez, desde aquí me imagino las risas y los chistes de las aristocráticas matronas romanas y de los elegantes reunidos en los baños, al saber que en uno de los rincones menos importantes del imperio, en la piojosa Judea, un joven, hijo de un carpintero, andaba predicando en mítines al aire libre, sobre la cima de las montañas o al borde de los lagos una doctrina nueva, la exaltación de los pobres y los humildes. Ni una sola burguesa de

Jerusalén acudía a escuchar su voz; las únicas hembras que marchaban tras sus pasos eran pobres mujeres de pescadores y menestrales, acostumbradas a cocinar sobre las piedras, y una mundana de escandalosa historia, compañera de lecho de todos los libertinos israelitas, Magdalena arrepentida, que, dando al viento la bandera de oro de sus cabellos, secaba los pies del Maestro, poniendo en sus ojos dulces, esos ojos de admiración, de respeto, de incommovible fe, que los despreciables, los míseros, los hijos de la vergüenza, tienen para toda idea destructora de las injusticias del mundo.